

Leer de otro modo. Sinestesia y diagramaticalidad de la escritura

Gaetano CHIURAZZI

Departamento de Filosofía
Universidad de Turín
gaetano.chiurazzi@unito.it

Recibido 06/12/2007
Aceptado 29/01/2008

Resumen

El problema del logocentrismo, es decir, la idea misma de la escritura fonética es más un problema de lectura que de escritura. Como el mismo Derrida sugiere, la solución del logocentrismo no consiste en un modo distinto de escribir sino en un modo distinto de leer los textos de la tradición, es decir, consiste en la necesidad de realizar una lectura sinestésica o pluridimensional. La misma palabra “*différance*” cuyo sentido nace únicamente de la interacción entre la voz y la mirada, es el emblema de esta nueva lectura y alude no a algo relativo al objeto sino a un hecho que constituye su registro diagramático.

Palabras clave: escritura, diagrama, logocentrismo, sinestesia, Derrida.

Abstract

The problem of logocentrism, namely the idea itself of phonetic writing, is not so much a problem of writing but of reading. As Derrida himself suggests, the exit from logocentrism does not consist in a different way of writing, but rather in a different way of reading the texts of tradition: a reading necessarily synaesthetic or multidimensional.

Emblematic of this new modality of reading is the word “*différance*”, whose sense comes out only from interaction between voice and sight and alludes, not to something objectual, but an event, of which it constitutes the diagrammatic registration.

Keywords: writing, diagram, logocentrism, synaesthesia, Derrida.

1. Otro modo de leer

Una de las tergiversaciones (quizá incluso autotergiversaciones) con que se ha encontrado la revalorización derridiana de la escritura, es la idea de que el principio fonologocéntrico de la metafísica occidental, que considera fuertemente interconectados el logos, la voz, la presencia y la temporalidad lineal, tiene que ser sustituido por otro sistema que una, por el contrario, de un modo sistemático la escritura, visión, no-presencia, y espacialidad. Sin embargo, se trata de una simplificación que, aunque la revalorizan algunos momentos en los que Derrida invita a esa operación de vuelco¹ que invierte el orden jerárquico y axiológico del logocentrismo, no justifica la que parece ser su propuesta teórica –y, sobre todo, algunas de sus inevitables implicaciones–.

La finalidad del logocentrismo parece resumirse en la máxima de Leibnitz *escribamos*. En lugar de hablar, se debe escribir. Sin embargo hay que observar y subrayar con fuerza que el problema del logocentrismo no es específicamente un problema de escritura sino un problema de *lectura*. Además, el término leer pertenece a la misma área semántica que el término *logos*; lo que ha sucedido en la época del logocentrismo es la unilateral determinación del término *logos* basado en una dimensión de lectura, o bien, de voz. De hecho la lectura es una función compleja consistente en la continua interacción de la visión y la voz, en la transformación en sonidos de aquello que se ve, pero sin que esta transformación sea nunca completa, es decir, que sea una especie de reducción de una en otra. El logocentrismo es víctima de semejante reduccionismo que asume la forma de una idealización, incluso de una espiritualización.

El hecho de que el logocentrismo consista en esta operación de reducción unidimensional del proceso de lectura, aparece de modo especialmente claro en el capítulo III de *Della Grammatologia*, donde hablando de la finalidad del libro como fin de la escritura lineal y de la supresión del pensamiento pluridimensional, escribe Derrida:

Por otra parte no se trata tanto de confiar escritos inéditos para revestirlos de libros, como de leer lo que en los volúmenes ya se ha escrito entre líneas. Por esta razón, al empezar a escribir sin línea, se releen también las escrituras pasadas de acuerdo con otra organización espacial. Si el problema de lectura ocupa hoy un primer lugar en la ciencia, es debido a la suspensión entre dos épocas de la escritura. Considerando que empezamos a escribir, y a escribir de otra manera, tenemos que releer de otro modo².

¹ Cfr. Derrida, J. “Firma evento contesto”, en *Margini della filosofia*, trad. it. de M. Iofrida, Turín, Einaudi, 1997, p. 423. [Hay traducción española: *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 372]

² Derrida, J., *Della grammatologia*, trad. it. de R. Balzarotti, F. Bonicalzi, G. Contri, G. Dalmaso y A.C. Loaldi, Milán, Jaca Book, 1969, p. 102. [Hay traducción española: *De la gramatología*, México, Siglo XXI, 1998, p. 116]

La suspensión de la escritura entre dos épocas se había ya asomado a la historia de la filosofía, exactamente en el nacimiento de la ciencia (lo que prueba lo que aquí escribe Derrida, es decir, el problema de la ciencia es – no solo hoy – un problema de lectura; Galileo había teorizado sobre esta suspensión como diferencia entre dos escrituras, una alfabética y otra no alfabética (escrita con caracteres matemáticos), entre el Libro Sagrado y el Libro de la Naturaleza. Derrida plantea la cuestión en otros términos, no como el paso de una escritura a otra sino como el paso de una lectura a otra. La superación del logocentrismo consiste no en la elaboración de formas nuevas o prácticas de escritura nuevas, es decir, en la invención de *otra* escritura, sino en la capacidad de releer lo que ya está escrito, releer la escritura pasada *de otro modo*, desde fuera de la organización lineal – fonética – de la escritura alfabética o por lo menos de la que siempre se ha considerado así. El primer paso que hay que dar en esa dirección, es comprender que, en realidad, esta escritura fonética lineal no ha existido nunca, ha sido el producto de una idealización y en consecuencia de una eliminación, la del pensamiento pluridimensional, el pensamiento que Leroi-Gourham llama “mitograma”, una escritura “en la que el sentido no está sujeto a la sucesividad, al orden del tiempo lógico o la temporalidad irreversible del sonido”³.

Leer de modo diverso significa recuperar la pluridimensionalidad implícita en la escritura, su carácter auroral de mitograma removido o controlado por la escritura logocéntrica o, mejor dicho, por la *lectura* logocéntrica que es una lectura meramente fonética, unidimensional – al menos eso se presume–. Se trata de leer lo que ya está *entre líneas* y, consecuentemente, en un orden que cruza e intersecciona distintas líneas, según otra organización del espacio”.

La lectura pluridimensional no es una lectura *lineal* y, sin embargo, es una lectura. Esta aclaración de Derrida tendría que prevenir las tergiversaciones de las que hablábamos al principio y cuyo corolario sería la idea de que “leer de otro modo” significa no solo preferir *otra* modalidad de lectura sino incluso *otra* modalidad a la de la lectura. Por ejemplo, que no se trate únicamente de leer sino también de *ver* y, en consecuencia, poder considerar la escritura como una imagen. La visión es lo que interrumpe la lectura. Sin embargo, en mi opinión, hay dos argumentos frente a esta conclusión.

El primero es que la visión, como la voz, no se aparta en absoluto del principio lineal; la tergiversación se produce cuando pensamos que para huir de la linealidad de la voz, basta con sustituir esta por la pluridimensionalidad espacial, es decir, la posibilidad de la copresencia e interacción de los símbolos, considerados en momentos simultáneos y no sucesivos. Sin embargo, como Derrida observa, la simultaneidad no es de modo alguno una alternativa a la linealidad: “la escritura simbólica pluridimensional no entra en la categoría de lo simultáneo. La simulta-

³ Ibidem, p. 99. [Trad. española op. cit., p. 113]

neidad coordina dos presentes absolutos, dos instantes de la presencia, substrayendo así un concepto de linealidad”⁴. La linealidad denuncia así su auténtica matriz, “la metafísica de la presencia” que, desde siempre, ha asociado la línea al tiempo o mejor dicho, al “concepto vulgar y mundano de la temporalidad (homogénea, dominada por la forma del ahora y por el ideal del movimiento continuo, recto o circular) que, como Heidegger demuestra, determina desde el interior toda la ontología, desde Aristóteles a Hegel⁵; consecuentemente, la meditación acerca de la escritura y la deconstrucción de la historia de la filosofía resultan inseparables.

El segundo argumento es que, para Derrida, a pesar de todo, la escritura no es un argumento exclusivamente *visivo*: la escritura es huella y, como tal, una forma de retorno, el retorno a una ausencia o, más bien, el retorno a algo que nunca se ha producido ni puede producirse en forma de presencia (retorno a “un pasado que nunca ha sido presente”, según la expresión de Levinas, o al inconsciente⁶). Por este motivo, no existe una fenomenología que pueda dominar completamente la escritura: “el pensamiento de la huella no se puede confundir nunca con una fenomenología de la escritura; una fenomenología de la escritura es imposible como lo es, en general, una fenomenología del signo”⁷.

El retorno que caracteriza la huella, en cuanto retorno a algo no presente y que no puede producirse nunca como forma de presencia, es distinto del retorno que caracteriza el propio signo porque este, el signo, a-signa una visión, pre-vé una presencia. El modo en el que la metafísica de la presencia ha sometido a la escritura, subordinándola al *logos*, es, por decirlo de alguna manera, un intento de llenar la ausencia a la que reenvía haciendo un signo de la ausencia, un signo del que se ha visto ya el significado (la *idea* en los significados platónico y empirista) y por ello destinado a llenarse con tal visión. Así lo entiende, por ejemplo, Hegel, (y además Husserl cuando orienta cualquier intención significativa a llenar el significado⁸), para quien el momento escritural y signico es, en general, un momento intelectual y vacío, necesitado de completarse y, en consecuencia, orientado – y este es su sentido– hacia su significado y su verdad. El signo, como escribe Derrida en su comentario a la semiología de Hegel en *Il pozzo e la piramide*, es por lo tanto *in vista* de la verdad, *in vista* del objeto o sea de la presencia:

In vista: pensado en su destino a partir de la verdad hacia la que se orienta, pero también *in vista* de la verdad, como se dice cuando se quieren marcar la distancia, la carencia y el resto de la navegación; también *in vista* como medio de manifestación en lo

⁴ Ibidem, pp. 99-100. [Trad. española op. cit., p. 113]

⁵ Ibidem, p. 100. [Trad. española op. cit., p. 114]

⁶ Derrida, J., “La différance”, en *Margini della filosofia*, cit., p. 49. [Trad. española op. cit., p. 56]

⁷ Derrida, J., *Della grammatologia*, cit., p. 76. [Trad. española op. cit., p. 88]

⁸ Cfr. Husserl, E., *Ricerche logiche, vol II (sexto estudio)*, trad. it. de G. Piana, Milán, Il Saggiatore, 1988. [Hay traducción española: *Investigaciones lógicas, vol. II*, Madrid, Alianza, 1985]

referente a la verdad. La luz, la luminosidad del aflorar que nos hace ver, es la fuente común de la *phantasia* y del *phainesthai*⁹.

La visión es el *télos* del signo, la visión apunta a la manifestación plena, a la presencia, a la *idea*, a la evidencia. Así pues, no podemos considerar la visión como una alternativa auténtica al sistema fonocéntrico, por el contrario, le es estrechamente solidario, el nudo de esta solidaridad está en el hecho de que la *phoné* y la *vista* suponen la referencia a una persona.

Así pues, si no es la visión en cuanto tal la que quiebra el sistema logocéntrico, es necesario que nos preguntemos en qué sentido y en qué medida cualquier sistema que no sea fonocéntrico, es decir, que sea ajeno al principio constitutivo de la escritura fonética, a la linealidad del significante, puede contribuir, según Derrida, a su deconstrucción. En estos sistemas la elaboración del *sentido* se produce teniendo delante otros *sentidos*, la vista y el oído, el sentido se organiza con la interacción de los *sentidos*, en su intersección como fenómeno sinestético y podríamos decir, en consecuencia, “como sentido común”. Sin embargo, observa Derrida, la pluridimensionalidad, la sinergia y la sinestesia no son características cognitivas *específicas* de las escrituras llamadas no fonéticas, en cambio, están presentes en todos los sistemas gráficos (lo que hace menos clara la distinción entre sistemas fonéticos y no fonéticos):

“Fonético” y “no-fonético” [...] no son nunca las cualidades puras de ciertos sistemas de escritura, son los caracteres abstractos de elementos típicos, más o menos numerosos y dominantes en el interior de todos los sistemas de significación en general. Su importancia, por otra parte, depende más de su organización estructural que de su distribución cuantitativa. El elemento cuneiforme, por ejemplo, es al mismo tiempo ideográfico y fonético. Ni siquiera se puede decir que cada significante gráfico pertenece a una u otra clase porque el código cuneiforme juega alternativamente en dos registros. En realidad, cualquier forma gráfica puede tener un *valor doble*, ideográfico y fonético. Además su valor fonético puede ser simple o complejo. [...] A esta complejidad general del sistema se añade, además, un uso sutil de los determinativos categoriales, los complementos fonéticos inútiles en la lectura y una puntuación muy irregular¹⁰.

Hay pues buenas razones para considerar que *cada* escritura sería, en cierto modo, como la escritura cuneiforme o como los jeroglíficos, nunca únicamente fonética y siempre comprometida con elementos no fonéticos, iconográficos, ideográficos, incluso pictográficos. Entonces es cuando se concreta la posibilidad de una lectura distinta a la escritura en general. Aquellos determinativos categoriales que no se pronuncian, esos complementos fonéticos inútiles en la lectura e incluso

⁹ Derrida, J., *Margini della filosofia*, cit., p. 119. [Trad. española op. cit., p. 115]

¹⁰ Derrida, J., *Della grammatologia*, cit., p. 105. [Trad. española op. cit., p. 120]

la puntuación y la separación de la que no puede prescindir la escritura fonética, no están ahí para significar un objeto verdadero, para mostrarnos algo, sino que son marcas, si se pueden llamar así, de funciones extra- o pre- objetuales. En la escritura jeroglífica por ejemplo, el determinativo es un signo que está allí par indicarnos *cómo* debemos comprender el signo siguiente¹¹, es decir, no se lee pero nos indica *cómo* leer, por esta razón representa una función cognitiva que orienta, categoriza y determina lo que sigue. El auténtico *pas au-delà* de la metafísica de la presencia como invitación a releer, y a releer *de modo distinto*, permaneciendo, sin embargo, en el *mismo* sistema de escritura, permaneciendo sencillamente *en la* escritura. Redeterminando y reorientando la mirada.

2. La sinestesia

Una primera manera de leer de modo diferente según *sentidos distintos* y con esta frase no se quiere aludir únicamente al hecho de que es posible encontrar significados distintos en la misma frase (ya Derrida ha ofrecido en sus textos amplios ejemplos de esta posibilidad de lectura), sino, literalmente, que se tiene que leer de manera *sinestésica*, implicando distintos sentidos, por lo menos la vista y el oído. En el horizonte del giro gramatológico inaugurado por Derrida, quizá se debería corregir en esta dirección la frase fundadora de la metafísica aristotélica: “el ser se dice de muchas maneras”, es decir, el ser *se lee* de muchas maneras, sinestésicamente.

La sinestesia es un fenómeno de sincronismo funcional de dos órganos de los sentidos como consecuencia de la estimulación de uno solo, estimulación que se verifica en situaciones normales o, a menudo, en caso de alteración producida por una estimulación química, por ejemplo, que hace que una sensación correspondiente a determinado sentido se asocie a representaciones de otro. En la retórica, la sinestesia es una figura que asocia figuras pertenecientes a esferas sensoriales diferentes (por ejemplo, *una voz brusca, un color blando*). La frase “el ser se lee de muchas maneras” nos invita a leer de modo diferente porque el ser mismo es sinestésico; la metafísica de la presencia fonocéntricamente monocorde— como *univocidad* es también una metafísica de la objetividad; la pluridimensionalidad sinestésica no es una simple *plurivocidad* (o suma de voces) sino una plurisensorialidad; la objetividad no tiene carácter sinestésico; no es espacial ni temporal, sino espacio-temporal; en términos más contemporáneos podríamos decir que la lectura pluridi-

¹¹ Sobre el papel de los determinativos en la escritura jeroglífica cfr. Goldwasser, O., “The Building Blocks of a Conceptual Category: The Ancient Egyptian Evidence”, y Loprieno, A., “Is the Egyptian Hieroglyphic Determinative Chosen or Prescribed?”, en Bazzanella, C. y Morra, L. (dirs.), *Philosophers and Hieroglyphs*, Turin, Rosenberg & Sellier, 2003.

mensional es una lectura *multimedia*, es decir, implica más medios de comunicación y más canales al mismo tiempo.

Las consecuencias de esta concepción obligatoriamente quiásmática de la objetividad –entrecruzar más de un sentido y colocar el objeto como resultado de su interacción– se comprenden, por ejemplo, en relación con el problema de las compatibilidades semánticas (el problema husserliano del *a priori* material) que nos permite hablar de un “sonido agudo” pero no de un “sonido” o de un “color blandos”, una expresión esta última que se clasifica como perteneciente a la retórica, una licencia poética. Para ser objetivos hay permanecer en solo sentido, ser unívocos o monomedia. La lectura, en cambio, exige un acto sinestésico, multimedia; el estilo de Derrida, que en el fondo no es un estilo sino una contaminación de estilos, nace de la exigencia de componer distintas modalidades de lectura. Si nos atenemos a una sistematización regional de saberes incommunicables precisamente porque están fundados en “*a priori* materiales” que definen, cada uno en su esfera de competencia, distintas ontologías regionales, sería proceder de un modo como poco desconcertante, ya que hacer una lectura filosófica o incluso psicoanalítica de los fenómenos jurídicos, o una lectura política de la filosofía, o una lectura literaria de los textos científicos, etc., tal y como hace Derrida, es exponerse a una acusación de falta de objetividad porque lo que esta lectura “pluridimensional” discute es exactamente la posibilidad de dar una definición *unívoca* del objeto, definición connotada por referida a, de un sentido único. Además, una vez rota la prohibición de la univocidad, una vez abierto el paso hacia de la pluridimensionalidad, ¿qué podrá cerrarlo? ¿qué nos impedirá hablar, por ejemplo, de un “color grave” o de un “sonido amargo”?

La posibilidad de intersecciones, interferencias o insertos entre distintos sentidos, hace de la lectura un proceso hipertextual y multimedia, la lectura tiende a parecerse, cada vez más, a lo que el uso, hoy general, de las nuevas tecnologías informáticas llama *navegación*, es decir, el paso de un texto a otro a través de reenvíos internos y al cruce continuo de estimulaciones plurisensoriales.

Como cualquier hipertexto, estas posibilidades se hacen incontrolables: este es el carácter dispersor que Derrida atribuye a esta modalidad de lectura. La diseminación es la desmovilización de cualquier barrera que pueda parar la deriva del sentido y en consecuencia su exposición a la contaminación y a la pérdida de identidad sustancial. Porque el objeto –y en consecuencia el texto que habla de este– no es el fundamento, la base intangible sino el resultado de una serie de insertos, algo monstruoso, argumento que se representa a menudo y de modo más o menos explícito en los textos de Derrida (que tienen conscientemente esta forma hipertextual¹²) y que hay que relacionar con su crítica filosófica y política, con el principio de identidad

¹² Probablemente el ejemplo más significativo de este modo de leer lo representa Derrida gráficamente en *Glas*, París, Galilée 1974.

como principio supremo de la metafísica. Por eso resulta problemático el carácter “científico” y como tal, objetivo de una “ciencia” como la gramatología; la misma denominación implica una incompatibilidad: la del *logos* y la escritura, la dimensión temporal y la espacial; por ello, la gramatología es posible cuando se discute a partir de los presupuestos de la ciencia logocéntrica, la linealidad y la univocidad y esta, escribe Derrida, apunta más allá del campo de la *episteme*¹³.

3. El diagrama

Una segunda forma de leer diversamente, es leer *en otro sentido*, es decir en otra dirección según el significado etimológico del verbo *divertere*. Esta “diversión de la mirada” es exactamente lo que nos permite ver huellas en los grafemas y no solo signos, lo que nos permite, en consecuencia, leerlos como huellas. Lo que se puede entender por esto lo ejemplifica Derrida recurriendo a la grafología (una expresión que, haciendo un inciso, se sobrepone por varias razones a la “gramatología”). La grafología presupone atribuir un valor simbólico-pictográfico a las letras de la escritura alfabética que así sería *ya* pluridimensional, susceptible de una lectura fonética y visiva al mismo tiempo. En una nota al párrafo 3 del Tercer capítulo de *Della grammatologia*, Derrida cita una observación de Mélanie Klein sobre la escritura pictográfica antigua, “fundamento de nuestra escritura alfabética”:

Aún viva en los fantasmas especialmente en los de todos los niños, de tal manera que los distintos rasgos, puntos, etc. de nuestra escritura actual serían simplificaciones derivadas de condensaciones, cambios y mecanismos con los que nos han familiarizado los sueños y las neurosis, simplificaciones de pictogramas antiguos de los que quedarían huellas en el individuo¹⁴.

Nuestra actual escritura es pues la huella de movimientos, condensaciones, mecanismos, transfert, que han actuado en su constitución y narran la historia de nuestra cultura; del mismo modo, las modificaciones morfológicas de la escritura individual narran la historia de ese individuo, “hablan” –por ser huellas– de sus sueños y de sus neurosis, registran los movimientos de su psique, son el mitograma del deseo. Este entrecruzarse de huellas que caracteriza el psiquismo individual y las formaciones sociales (lo que justificaría incluso la posibilidad de entenderlas como texto) legitima el proyecto de una “grafología cultural”, proyecto propuesto por Marc Cohen en un Congreso sobre La escritura y la psicología de los pueblos. Dice así: “Considerando que los rasgos individuales revelan las particularidades del espí-

¹³ Derrida, J., *Della grammatologia*, cit., p. 11. [Trad. española op. cit., p. 16]

¹⁴ *Ibidem*, p. 104. [Trad. española op. cit., p. 118-119]

ritu de quien escribe, los rasgos nacionales deben permitirnos, en cierta medida, buscar particularidades del espíritu colectivo de los pueblos”¹⁵.

No se trata pues de la simple revalorización de la iconicidad propia de las letras del alfabeto, sino más bien de otro modo de leerlas siguiendo las variaciones morfológicas y convirtiéndolas en las huellas de las operaciones cognitivas, las huellas de una “mentalidad”. Los signos escritos no se entienden ya “a la vista del objeto” –ni como imágenes ni como signos– sino *esbozados*. Esto solo es posible *impri-miendo otra dirección al sentido*, reorientándolo, no hacia el objeto que designa sino hacia su “origen”, hacia el lugar de su formación gramatical. “Antes de pensar en restaurar o en reducir el sentido de la palabra plena que dice ser la verdad, hay que plantear la cuestión del sentido y de su origen en la diferencia. Este es el lugar del problema de la noción de *huella*”¹⁶. Desde este punto de vista, toda escritura se puede leer de otro modo, de un modo diverso (en el sentido etimológico del término), o bien como huella o mejor aún como esbozo.

En este momento, lo que una grafología cultural debe hacer, es considerar la articulación del discurso y del código gráfico “no desde el punto de vista de la significación o de la denotación sino desde el punto de vista del estilo y de la connotación”¹⁷; la grafología cultural debería concernir no el querer decir (expresión con la que Derrida traduce el alemán *Bedeutung* en *La voce e il fenomeno*) sino el *como* de los textos: “en lugar de interrogarse solo sobre el contenido de los pensamientos, es necesario analizar también el modo en el que están hechos los textos”¹⁸. Aquí está su estatuto gramatical y su sentido, si queremos, preobjetual o, mejor aún, diagramático. Un diagrama no representa ningún objeto, representa operaciones: un electrocardiograma o un encefalograma no nos dicen nada acerca de lo que son el corazón o el cerebro, no los muestran pero nos muestran sus operaciones. El grafoanálisis contempla la escritura de este modo, lo importante no es el valor representativo del signo o de la imagen, cuya legitimidad no se discute, sino su formación y sus transformaciones morfológicas, sus huellas. El grafoanálisis por ejemplo, no se fija en los significados referenciales de un texto que se sitúan en la epojé, sino en el modo en el que están hechos los rasgos; en este caso se prescinde provisionalmente del significado específico de los términos teniendo en cuenta los rasgos como índice de operaciones, movimientos, *transfert* (individuales, sociales, históricos). La diversidad gráfica de un signo se corresponde con un sentido diferente que muestra como está trazado; si como decía Saussure, para el significado no es importante el modo en el que se escribe la letra “t”, con el único requisito de no confun-

¹⁵ Ibidem, p. 102. [Trad. española op. cit., p. 116-117]

¹⁶ Ibidem, p. 78. [Trad. española op. cit., p. 90]

¹⁷ Ibidem, p. 103. [Trad. española op. cit., p. 117]

¹⁸ Derrida, J., *Posizioni*, trad. it. de M. Chiappini y G. Sertoli, Verona, Bertani, 1975, p. 83. [Hay traducción española: *Posiciones*, Valencia, Pretextos, 1977, p. 64]

dirla con otras letras, desde el punto de vista gramatológico, en cambio, lo que interesa es el modo en el que se ha escrito la letra “t”, su trazado, o sea el *carácter*.

La palabra “carácter” deriva de *charasso*, “surcar, hendir” y en consecuencia “escribir”, pero lo que se imprime, lo que deja huella, no es el objeto como nos podría hacer creer una interpretación empirista excesivamente simplista; lo que desvela el “carácter” es precisamente lo que se indica con este término y no por casualidad, o sea el “estilo personal”, el carácter entendido como “manera de ser”. Un signo gráfico revela una manera de ser e incluso los caracteres de imprenta son portadores de un estilo que vehicula y a determina un mensaje, como los determinativos en la escritura jeroglífica y cuneiforme. Creadores gráficos y directores de arte se aprovechan del valor connotativo de los caracteres para orientar la interpretación de un texto; el mismo mensaje publicitario asume significados distintos cuando solo se pronuncia y cuando se le asocia además a un determinado signo tipográfico que desarrolla una función similar a la de los gestos o los tonos de voz con los que acompañamos y especificamos el sentido de nuestras palabras¹⁹.

La posibilidad de leer de un modo *diverso*, es decir, en otra dirección u orientación es, en mi opinión, la manera en la que Derrida desarrolla una de las ideas fundamentales de la fenomenología husserliana, la del carácter bilateral de las formaciones lógicas, es decir, la idea de que todo signo o juicio es en sí mismo bilateral, dirigido hacia el objeto y hacia el sujeto, la intencionalidad es el concepto portador de esta bilateralidad, un concepto que atraviesa todas las manifestaciones posibles del pensamiento. Supone el co-origen de los términos que se ponen en relación y por eso se presenta como un fenómeno estructuralmente unitario, que describe con la fórmula *Cogito cogitatum*. Todo objeto (todo *cogitatum*) se nos da *a través de* una conciencia y según una *modalidad*, es decir, se nos da en una *cogitatio* específica. La escritura evidencia para Derrida su bilateralidad y, como en cualquier signo, esta se dirige hacia los objetos (significados o referentes, la función que la convierte en signo); como huella se dirige a operaciones subjetivas, es decir, es el diagrama de dichas operaciones.

¹⁹ Sobre este tema véase Testa, A., *Le vie del senso. Come dire cose opposte con le stesse parole*, Roma, Carocci, 2004. Hay que decir que la defensa derridiana de la escritura de imprenta en contra del prejuicio heideggeriano a favor de la escritura manual que liga las letras impidiendo la “dispersión” y la destrucción de las palabras [cfr. Derrida, J., “La mano di Heidegger”, trad. it. de G. Scibilia, en Ferraris, M. (dir.), *La mano di Heidegger*, Roma-Bari, Laterza, 1991] por una parte es comprensible porque acentúa el aspecto de diseminación de la escritura, pero por otra parte está en absoluta contradicción con la crítica al logocentrismo porque la letra de imprenta es una posibilidad típica, aunque no exclusiva, del logocentrismo y, en particular, de la escritura alfabética (son conocidas las dificultades para mecanizar escrituras no alfabéticas como el chino por ejemplo). Pero ¿no nos mostraría esto aún mejor que el auténtico problema del logocentrismo no es el tipo de lectura sino el tipo de escritura?

4. La *différance*

La manera *différente* de leer que nos pide la gramatología es comprender los signos gráficos como rasgos y diagramas. El signo gráfico que muestra, creo, del modo más eficaz y ajustado lo que hasta aquí se ha intentado decir, es la palabra *différance*. No indica ningún objeto ni ningún concepto²⁰: cada vez que se la nombra es necesario verla *también* porque su significado no es otro que la diferencia entre dos maneras de significar: una que asocia un determinado fonema a un determinado grafema y otra, que asocia el mismo fonema a otro grafema. Y así, la palabra *différance* lo único que hace es mostrarnos la posible falta de articulación de esta asociación y en consecuencia, la necesidad de conjunción para lograr la significación; el significado de la palabra *différance* es pues el desvío posible entre voz y palabra escrita, o bien, por el contrario, se logra la idea de significación a través de su asociación, es decir, de una *lectura* entendida como una práctica que traduce en sonidos los signos escritos, su significado solo se puede precisar *leyéndolos*, esto es, interactuando voz y visión. Así habla Derrida en la famosa conferencia ante la Sociedad francesa de filosofía:

Ahora se da el caso de que esta diferencia gráfica (la *a* en lugar de la *e*), esta diferencia señalada entre dos anotaciones aparentemente vocales, entre dos vocales, sea puramente gráfica; se escribe o se lee pero no se entiende. [...] De hecho, no puedo daros a conocer a través del discurso, de las palabras proferidas ante la Sociedad de filosofía en este instante, cuál es la diferencia en el momento en el que hablo. Solo puedo hablar de esta diferencia gráfica hablando de un modo indirecto sobre una escritura determinada y además, con la condición de señalar siempre que estoy reenviando a la *différance* con la *e* o a la *différance* con la *a*. [...] En cualquier caso, las aclaraciones que dé –al decir “con la *e*”, “con la *a*”– reenvían inevitablemente a un *texto escrito* que vigila el discurso, a un texto que tengo delante, que voy a leer y hacia el que tengo que intentar dirigir vuestras manos y vuestros ojos²¹.

La significación del grafema “*différance*” se logra involucrando más sentidos o más medios, no se logra solo con el sonido o con la visión; lo que significa la palabra *différance* es precisamente insuficiencia de un sentido único o unívoco y exigencia de la sinestesia. “*Différance*” tiene significado solo si está situado en el lugar donde se cruzan dos sentidos; no tiene ningún sentido si se considera un hecho exclusivamente visivo (en cuyo caso se ve como un error o un horror ortográfico) o bien como un hecho exclusivamente fonético (en este caso se percibe como una palabra normal e inocua). Su sentido es producto de la interacción entre visión y

²⁰ Derrida, J., “La *différance*”, en *Margini della filosofia*, cit., p. 29-30. [Trad. española op. cit., p. 47]

²¹ Derrida, J., *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 40.

voz, o incluso más sentidos. De este modo se asesta un golpe mortal a toda escritura que se presente o se autocomprenda como escritura puramente *fonética*. Todo su contenido se resuelve en una variación gráfica – la “e” en lugar de la “a”– que se percibe solo como huella, como un *síntoma* de que ha sucedido algo; la huella de un suceso – “de una alteración o agresión gramatical”–, un suceso que diferencia o que produce una diferencia. Así pues, con esta palabra no se quiere significar ningún concepto concreto – aunque todo el ensayo de Derrida está dirigido a ilustrar este “concepto” – sino que se muestra un hecho de escritura: “*différance*” que es el diagrama de este suceso, registrado en ella igual que un gráfico registra la actividad cerebral o cardíaca. Esta extraña palabra requiere un ejercicio de lectura necesariamente sinestético y diagramático; esa palabra es el “mitograma paradigmático” que exige una estructura pluridimensional; su capacidad significante no es ni temporal ni espacial, es una estructura espacio-temporal; su grafía explica su fuerza de significación, una fuerza subversiva solamente cuando se lee; en la sinestesia entre letra y sonido, en la crisis de palabra y escritura, la A aparece como síntoma de un hecho, la huella de algo que no está ni podrá estar nunca presente.

(Traducción de Teresa Losada)